

pósito de abrazar el estado eclesiástico, concibió un violento deseo de aprender la teología. Este pensamiento le perseguía sin cesar, y le ponía á veces meditabundo (1). Un día, justamente el domingo de Quincuagésima, viéndole su ayo en este estado sin causa aparente, le dijo: «Estais triste ó enfermo; teneis necesidad de distraccion; salgamos á ver las diversiones del Carnaval.—¡Oh! por favor os suplico me dispenseis de hacerlo. *Averte oculos meos ne videant vanitatem* (2).—Pero, añadió el Sr. Deage, ¿qué puedo hacer para alegraros?—*Domine, ut videam*; haced que vea, replicó, haciendo suyas las palabras del ciego de Jericó, que habia leído en el Evangelio del día.—¿Y qué quereis ver? dijo su ayo.—Quiero ver la teología; solo ella me enseñará lo que Dios quiere manifestar á mi alma, y mientras no la estudie, estaré como ciego.» El Sr. Deage sabia bien que su discípulo tenia un talento bastante capaz para llevar de frente la filosofía con los demás estudios, y le permitió consagrar tres horas cada día á la teología. Feliz con este permiso, Francisco se entregó con ardor á la ciencia divina; y cuanto mas profundizaba en ella, mas gusto tenia en aprenderla. Estudiaba los cuadernos que dictaban en la Sorbona, y que escribía cuidadosamente el Sr. Deage, que seguia tambien las lecciones de esta sábia escuela; asistia á las tesis que se sostenian allí; recogia por escrito las nuevas pruebas que oia y las dificultades que se proponian ó que encontraba él mismo; discutia luego con su ayo ó con los alumnos de teología; y no cesaba de interrogar y reflexionar, hasta que la verdad quedaba plenamente esclarecida.

Su ardor por las ciencias sagradas no se detuvo aquí, sino que, con el permiso del Sr. Deage, siguió al mismo tiempo en el Colegio Real los cursos de Escritura Sagrada y de hebreo, que esplicaba el famoso Générard, despues

(1) De Cambis, t. I, p. 66.

(2) Es decir: «Apartad mis ojos para que no vean la vanidad.» (Ps. CXVIII, v. 37.)

Arzobispo de Aix (1). «No olvidó nunca, dice uno de sus historiadores, los comentarios que oyó de boca de este célebre profesor sobre el *Cantar de los Cantares*.»

En medio de tantos trabajos, Francisco de Sales no quitaba nada á sus ejercicios de piedad, y particularmente no dejaba nunca de consagrar cada día una hora entera á la meditacion. De este modo su fervor se aumentaba sin cesar, y con él su inclinacion al estado eclesiástico. Sentia, sobre todo, hácia la castidad ese atractivo predominante que caracteriza las vocaciones sacerdotales, y los encantos de esta virtud arrebatában su corazon. Cuando oraba postrado en San Estéban *des Grès* delante de la imágen de María, tenia gusto en repetir con frecuencia la firme resolución que habia tomado de conservar hasta la muerte su virginidad intacta, y conjuraba con lágrimas á esta Reina de las vírgenes á que fuese ella misma su fiel custodio. Cuando hablaba á sus condiscípulos se complacia en recomendarles el amor á la pureza, demostrándoles su escelencia; y su palabra adquiria entonces un acento tan suave y tan lleno de gracia, que no podian menos de sentirse conmovidos. Se conocia que el espíritu de Dios le inspiraba y hablaba por su boca. «Me parece oír á un ángel del cielo, refiere uno de sus condiscípulos (2), y me decia á mí mismo como San Pedro: Bueno es estar aquí; no nos alejemos.»

(1) Générard, religioso benedictino de Cluny, nació en Riom en 1537. Durante trece años estudió catorce horas diarias, y para resistir al sueño que le acometia, tenia consigo un perrito, al que habia enseñado á despertarle cuando se dormia. Así llegó á ser uno de los hombres mas sábios de su siglo, doctor de Navarra, profesor de hebreo en el Colegio Real, autor de la *Cronología sagrada*, de un escelente comentario sobre los Salmos, de una traduccion de Josefo, de una edicion de Orígenes, etc. Partidario de la Liga, fué nombrado, á instancias del Duque de Mayenne, Arzobispo de Aix por Gregorio XIV; pero un *Tratado de las elecciones* que publicó para sostener la eleccion de los Obispos por el clero y el pueblo contra el nombramiento del Rey, le hizo desterrar del reino, logrando con dificultad acabar sus dias en su priorato de Semur, en Borgoña.

(2) Este condiscípulo era el P. Estéban Binet, de la Compañía de Jesus, autor de varias obras estimadas, entre las cuales se distinguen las siguientes: 1.º *Ensayos sobre las maravillas de la naturaleza*; 2.º *Compendio de las vidas de los*

Los mas virtuosos buscaban su conversacion, y consideraban como un favor la dicha de oírle: solo los libertinos se separaban de él; pero los unos y los otros le veneraban y admiraban. Sorprendia ver la madurez de su razon, que se desarrollaba mas y mas con el trascurso de los años. Nunca se notaba, ni en sus acciones ni en sus discursos, nada pueril, nada en que se manifestase el joven, inclinándose con mas gusto á los ejercicios de piedad que á las distracciones propias de su edad. Maravillaba aún mas su dulzura, que se conocia ser efecto de la virtud y no del temperamento; porque, por poco que se le tratase, se descubria fácilmente en él un natural vivo y fogoso, que si se mantenía en una dulzura siempre igual, era solo á fuerza de violentarse para dominar constantemente su carácter y su corazon (1). Nada, en efecto, mas cierto: lo sabemos por él mismo. «Cuando era joven, decia mas tarde al P. la Rivière, me dediqué al ejercicio de la dulzura y la humildad con mucho fervor, y pasé varios años sin pensar apenas en otra cosa mas que en adquirir las.»

Al contemplar tantas virtudes unidas á tantos talentos, un santo religioso se complacia en decir que no sabia qué admirar mas en aquel noble joven, si la gracia perfecta de toda su persona, ó las grandes esperanzas que daba para el porvenir: *Ingentis sicut speciei, ita et spei juvenem sapius pronuntiavit* (2); y uno de sus amigos le espresó el mismo presentimiento bajo un emblema sensible, que su imaginacion impresionada le representó en sueños, pero que el porvenir realizó maravillosamente. «Me parecia, refirió al mismo Santo (3), estar sobre la cima del monte Cenis vi-

*de Origenes, principales fundadores de las religiones de la Iglesia; 3.º Tratados sobre la salvacion y sobre la cuestion de saber si cada uno puede salvarse en su religion, 4.º Cuál es el mejor gobierno, el riguroso ó el suave. Este autor es un hombre de gran mérito, diga lo que quiera Pascal en sus Provinciales.*

(1) De Cambis, t. I, p. 66.

(2) Carlos Aug., p. 10.

(3) Id., p. 11.

niendo de Italia, con el rostro vuelto al Aquilon. Desde allí veia una hidra de varias cabezas que salia del lago de Ginebra, y se dirigia á grandes pasos hácia la montaña, con horribles silbidos: ya habia franqueado las rocas mas escarpadas, cuando Francisco de Sales, como otro Hércules, armado con una espada de dos filos la detuvo en su carrera, y despues de haberla hecho varias heridas, la obligó á volver atrás. El mónstruo huyó con precipitacion y fue á ocultarse á su caverna de Ginebra, donde las Furias tuvieron cuidado de curar sus llagas.» No se podia pintar mejor la futura mision de San Francisco de Sales en el Chablais.

Sin embargo, faltaba á una virtud tan pura ser probada por la tentacion. Dios proveyó á ello de una manera en apariencia muy violenta, sobre todo si se considera que Francisco de Sales solo tenia entonces diez y siete años (1). La tentacion empezó por el pensamiento de que quizás no estaba en estado de gracia, y lo que le hacia creer esto era que se sentia débil, sin aliento y sin energía. Un pensamiento tan desolador para un corazon como el suyo, oprimia su alma, pero sin abatirla, diciéndose á sí mismo que Dios, que no hace nada en vano, no nos concede el valor sino en el momento en que es preciso hacer uso de él, y fuera de este tiempo solo nos pide el deseo de resistir á la tentacion cuando venga, la disposicion de reclamar su gracia por medio de la oracion cuando tengamos necesidad, y la esperanza de que, ayudados de su socorro, triunfaremos. «Pero, añadia luego su imaginacion, con tu debilidad actual, sin duda caerias en un pecado mortal si te se presentase una ocasion peligrosa.» ¡Nuevo motivo de inquietud para su hermosa alma! Procuraba entonces tranquilizarse, recordando que Dios no falta nunca en el momento del peligro si se pide su ayuda; que algunos que desconfiaban de sus propias fuerzas y temian no estar firmes en la ocasion, han triunfado en la lucha, porque el

(1) De Cambis, p. 68 y sig.—La Riviere, p. 33 y sig.—De Maupas, p. 25.

sentimiento de su debilidad los ha llevado á recurrir á Dios, á estar vigilantes, á humillarse y á orar. «¿Por qué, ¡oh alma mia! por qué estás triste, y por qué me conturbas? Espera en el Señor. ¡Oh Dios mio! Cuando mis fuerzas desfallezcan, ¡no me abandoneis!» (1)

A pesar de estas razones, la tentacion no se calmaba; privado de las dulzuras del amor divino que por largo tiempo habia gustado, insensible á todo lo que habia hecho hasta entonces las castas delicias de su corazon, á todo lo que podia oír ó leer de mas tierno, creyó que quizás estas sequedades y arideces espirituales eran el castigo de alguna infidelidad; que quizás habia, por algun pecado mortal, perdido la gracia y amistad de Dios, y que no era ya para este dulce dueño sino un objeto de odio y de cólera. Luego, con este triste pensamiento, se presentaba á su espíritu la doctrina del corto número de escogidos, las profundidades del misterio de la predestinacion, el terrible rigor de los juicios de Dios, su miseria profunda, que su humildad le hacia sentir vivamente, pareciéndole imposible que un hombre tan malo como él se consideraba, fuese nunca del número de los escogidos, no porque temiese que la gracia de Dios le faltase, sino porque faltase él á la gracia, siendo así por su culpa precipitado en los abismos eternos. De aquí resultaba una cruel ansiedad para su corazon. En vano se decia que Dios no quiere tengamos en esta vida la certeza absoluta del estado de gracia, y menos aún de la perseverancia final; que debemos respetar las tinieblas con que ha tenido á bien rodearnos sobre nuestro estado presente y destino futuro; y que, sin sondear con ojos demasiado curiosos lo que le plugo ocultarnos, debemos aplicarnos únicamente á cumplir su santísima voluntad. Cuando su imaginacion le representaba vivamente que el infierno por toda una eternidad sería su herencia, se esforzaba en responder con energía, que queria servir y amar á Dios actualmente con toda su alma y con

(1) Ps. XLII y LXXVIII.

todas sus fuerzas, aunque tuviera la seguridad de faltar á la perseverancia en lo sucesivo, porque Dios es tan amable en su naturaleza, que merece ser amado y servido aunque el cielo no fuera la recompensa de este amor. Luego, conjurando á Dios á que le hiciera la gracia de amarle en esta vida, cualquiera que fuese la suerte que le estaba reservada en la otra, procuraba alejar de su imaginacion el terrible pensamiento de su reprobacion eterna: mas este volvía siempre, á pesar suyo, presentándose á su espíritu á lo menos como probable y dejándole aterrado.

Lo que le afligia en esta desoladora prevision, no eran ciertamente los tormentos del infierno, sino solamente el pensamiento de que en el infierno se blasfema de Dios y no se le ama. «¡Oh Señor! exclamaba (1), si no debo veros, conceded al menos este consuelo á mi pena: no permitais que nunca maldiga ó blasfeme de vos. ¡Oh amor! ¡oh caridad! ¡oh belleza, á la cual he consagrado todos mis afectos! ¿No he de gozar vuestras delicias? ¿No he de ser embriagado con la abundancia de los bienes de vuestra casa? (2) ¿No he de ir á residir al lugar del tabernáculo admirable donde reside mi Dios? (3) ¡Oh Virgen amabilísima, añadia dirigiéndose á la Madre de Dios, vos, cuyos encantos no pueden alegrar al infierno! ¿No os he de ver ya nunca en el reino de vuestro Hijo, hermosa como la luna, brillante como el sol? ¿No he de participar del inmenso beneficio de la resurreccion? Pero ¿no ha muerto mi dulce Jesús por mí igualmente que por los otros? ¡Ah! cualquiera que sea mi destino, Señor, si no puedo amaros en la otra vida, porque nadie os alaba en el infierno (4), que al menos no deje de amaros todos los momentos de mi corta existencia en este mundo.» (5)

(1) Palabras recogidas por el Sr. Deage, segun la dep. de Francisco Favre.

(2) Salmo XXXV, v. 9.

(3) Salmo XLI, v. 5.

(4) Salm. VI, v. 6.

(5) Id., ibid.

(6) Carlos Aug., p. 11 y 12.

Presa de estas terribles angustias, se enflaquecia visiblemente; la palidez cubria sus mejillas; y bien pronto se le delaró una ictericia que le causaba dolores agudos: apenas podia comer, beber ni dormir. No podia andar sin un gran esfuerzo, ni sostenerse sobre sus pies vacilantes. Sin embargo, no descuidaba sus oraciones y ejercicios ordinarios; por el contrario, redoblaba sus súplicas á Dios y á la Santísima Virgen, pidiéndoles conservasen en su pobre corazon la esperanza en las divinas misericordias. En este tiempo fue cuando, despues de haber estudiado en San Agustin y Santo Tomás la gran cuestion de la predestinacion, compuso la protestacion tan tierna que tenia gusto en repetir, para alentarse y consolar sus angustias. A pesar de que damos su traduccion, el lector podrá estudiar al pie de la página el testo mismo, tal como el canónigo Gard (1), y el Padre de Goëx, prior del monasterio de Talloires (2), han declarado con juramento, haberlo copiado del autógrafo mismo del Santo (3).

(1) En el vol. II, pag. 190 del *Proceso de canonizacion de San Francisco de Sales*.

(2) En el vol. V., p. 644 del mismo *Proceso*.

(3) »Ad pedes B. Augustini et Thomæ provolutus, paratus omnia ignorare  
»ut illum sciam qui est scientia Patris, Christum crucifixum, quamquam quæ  
»scripsi non dubito vera, quia nihil video quod de eorum veritate solida possit  
»facere dubitationem, cum tamen non omnia video et tam reconditum mysterium  
»est clarius quam ut fixè ab oculis meis nycticoracis inspicere possit, si postea  
»contrarium appareret (quod nunquam futurum existimo), imo si me damnatum  
»(quod absit, Domine Jesu) scirem voluntate quam in Deo ponit Thomas (a),  
»ut ostenderet justitiam suam, libenter obstupescens et suscipiens altissimum  
»judicem, post prophetam dicerem: ¿Nonne Deo subjecta erit anima mea? (Ps.  
»LXI, v. 2.) Amen, ita, Pater, quia sic placitum est ante te. Fiat voluntas  
»tua (Math., XI, 26, y VI, 10); et hoc in amaritudine animæ meæ toties dicerem,  
»donec Deus mutans vitam meam et sententiam suam responderet mihi: Con-  
»fide, fili, nolo mortem peccatoris, sed magis ut vivat (Ezech. XXXIII, 11): non  
»mortui laudabunt me neque omnes qui descendunt in infernum. (Ps. CXIII, 17).  
»Te, fili, ut cætera omnia, propter memetipsum feci. (Prov. XV, 4.) Non est vo-  
»luntas mea nisi sanctificatio tua (I. Thess., IV, 3): nihil odit anima mea eorum  
»quæ feci. (Sap., XI, 15.) ¿Quare tristis est anima tua, et quare conturbat te?  
»Spera in Deo, quia adhuc ei confiteberis; salutare vultus tui et Deus tuus  
»est. (Ps. XLII, 6 y 7.) Non descendes in infernum, sed ascendes ad montem  
»Dei, ad tabernaculum Dei Jacob. (Isai, II, 3.) Non es mortuus, sed dor-

(a) *Summ. p. 1, q. XXIII, art. 5 ad 3.*

»Postrado á los pies de San Agustin y de Santo Tomás,  
»con el corazon sumiso para ignorar lo que agrada á Dios  
»ocultarme, con tal que conozca á Jesucristo crucificado,  
»que es la ciencia del Padre, tengo por verdaderos los  
»principios que he aprendido de estos santos doctores so-  
»bre la cuestion que me preocupa, porque no veo nada  
»que pueda hacerme dudar de su solidez. Sin embargo,  
»como muchas cosas son impenetrables á mi vista, y un  
»éstasis tan profundo es demasiado deslumbrador para po-  
»der ser comprendido con claridad por mi débil inteligen-  
»cia; si mas tarde, lo contrario de lo que me parece cier-  
»to se me representase, cosa que espero no me suce-  
»derá nunca (¡oh Jesus mio! alejad de mí esta des-  
»gracia), si supiese que estaba condenado al infierno por  
»aquella voluntad que Santo Tomás supone en Dios para  
»hacer resaltar su justicia con un pecador, inclinaré la  
»cabeza bajo la sentencia del Altísimo con tanto dolor  
»como sumision, y diré con el profeta: ¿No ha de someterse  
»mi alma á Dios? Sí, Padre celestial, puesto que os plugo  
»que así fuera, hágase vuestra voluntad, y en medio de la  
»amargura de mi alma reiteraré este acto de abandono,  
»hasta que Dios, movido de mi sumision, cambiando mi

»mis. (Math., IX, 21.) Infirmis hæc non est ad mortem, sed ut conversus  
»glorifices Deum. (Joan., XI, 1.) Euge, serve parve, indigne quidem, sed fidelis,  
»quia sperasti in me, confidens de misericordia mea, et quia in pauca, scilicet  
»in glorificando me per damnationem, si ita me placeret, fuisti fidelis, super  
»multa te constituam; et quia voluisti manifestare nomen meum etiam pa-  
»tiendo, si opus esset, quandoquidem in eo parva est glorificatio et magnifica-  
»tio nominis mei, quia non sum damnator sed Jesus, super multa te consti-  
»tuam ut beatitudine perpetua laudes me, in qua multa est gloria nomi-  
»nis mei (Math., XXV, 21). Per memetipsum juravi, quia fecisti hanc  
»rem, id est, præparasti cor tuum in obsequium justitiæ meæ, et non pe-  
»percisti tibi, benedictione perpetua benedicam te (Gen., XV, 22) ut intres in  
»gaudium Domini tui. (Math., XXV, 21.) Nec tunc aliter respondere deberem  
»quam prius: amen, ita, Pater, quia sic placitum est ante te; paratum cor  
»meum ad pœnam propter te, paratum cor meum ad gloriam propter nomen  
»tuum Jesu, quasi jumentum factus sum coram te, et ipse, Domine, sis semper  
»mecum. (Ps., LXXII, 30.) Fiat mihi secundum verbum tuum. (Luc., I, 28.)  
»Nolo mortem peccatoris, sed magis ut convertatur et vivat. (Ezech., XXXIII,  
»11.) In nomine ergo tuo lavabo manus meas in Sancto. Amen. Jesu, Maria.»

»suerte y su sentencia, me responda: Ten confianza, hijo  
 »mio; no quiero la muerte del pecador, sino su vida: los  
 »muertos que bajan al infierno no me alabarán ya; yo te  
 »he criado para mi gloria, como al resto de las criaturas.  
 »No quiero mas que tu santificacion, y no aborrezco nada  
 »de lo que he hecho. ¿Por qué tu alma está triste y con-  
 »turbada? Espera en Dios, porque tú cantarás sus alaban-  
 »zas. Él es tu Salvador y tu Dios. Tú no descenderás al  
 »infierno, sino subirás sobre la montaña de Dios; entrarás  
 »en el tabernáculo del Dios de Jacob. Tu estado no es un  
 »estado de muerte; no es mas que un sueño, es una prue-  
 »ba, que redundará en gloria de Dios. Valor, pues, siervo  
 »ruin, bien indigno, es cierto, pero fiel, porque has espe-  
 »rado en mí y has confiado en mi misericordia. Porque has  
 »sido fiel en pocas cosas, á saber, en la disposicion de glo-  
 »rificarme sufriendo tu condenacion misma, si es mi bene-  
 »plácito, te estableceré en una grande abundancia de bie-  
 »nes. Puesto que tú has querido servir para hacer brillar  
 »mis perfecciones, sacrificándote á ti mismo si era nece-  
 »sario, aunque no hubiese en eso mas que una pequeña  
 »gloria para mí, que no aspiro á perder sino á salvar á los  
 »hombres, te constituiré en una felicidad eterna, para que  
 »cantes mis alabanzas, única gloria que me es grata. Lo  
 »he jurado por mi nombre; porque has puesto tu corazon  
 »en la disposicion de ser inmolado á mi justicia, y no te  
 »has perdonado á ti mismo, te bendeciré para siempre, y te  
 »haré entrar en el gozo de tu Señor. A estas buenas pala-  
 »bras de mi Dios no debo contestar sino con la misma con-  
 »formidad á la voluntad divina que he espresado anterior-  
 »mente. Sí, Padre celestial, así sea, puesto que os agrada.  
 »Mi corazon está igualmente dispuesto á sufrir por vos y á  
 »alegrarse por vos. ¡Oh Jesus! Yo estoy delante de vos como  
 »el bruto que no comprende nada. Señor, estad siempre  
 »conmigo. Que se haga en mí segun vuestra divina pala-  
 »bra: *Yo no quiero la muerte del pecador, sino su conver-*  
 »sion y su vida. Elevaré mis manos á vuestro santuario, y  
 »esperaré de vos mi salvacion. Así sea, ¡oh Jesus, oh María!»

Disposiciones tan santas no podian dejar de mover el  
 corazon de Dios; así es que la hora de la libertad no se hizo  
 esperar largo tiempo. Al volver un dia del colegio con  
 gran abatimiento, el santo joven entró en la iglesia de  
 San Esteban *des Grès*, y fue á orar delante de aquella  
 imágen de la Santísima Virgen, á los piés de la cual habia  
 formado, algun tiempo antes, la firme resolucion de guar-  
 dar perpétua castidad (1). Allí encontró escrita en una ta-  
 blita para el uso de los fieles, una oracion en honor de la  
 Madre de Dios; la cogió con confianza y la recitó con mu-  
 chas lágrimas, diciendo, mas aún con el corazon que con  
 los lábios: «Acordaos, ¡oh Virgen María, mi tierna Madre!  
 »que jamás se ha oido decir que ninguno de los que han  
 »recurrido á vuestra proteccion é implorado vuestro so-  
 »corro haya sido desechado. Animado de esta confianza,  
 »¡oh Virgen, Madre de las vírgenes!, recurro á vos y me  
 »arrojo á vuestros piés, gimiendo bajo el peso de mis pe-  
 »cados. ¡Oh Madre del Verbo! no desprecieis mis ruegos,  
 »antes bien escuchadlos favorablemente y dignaos acceder  
 »á ellos.» Luego, dirigiéndose á Dios, le pide, por inter-  
 cesion de María, que su alma y su cuerpo vuelvan á su  
 primer estado; hace voto de perpétua castidad, y promete  
 rezar todos los dias en memoria de este voto el Rosario de  
 seis dieces. Apenas ha pronunciado estas palabras, cuando  
 siente un movimiento en todo su cuerpo, como si una cos-  
 tra de lepra se desprendiera de él; una salud completa le  
 es restituida; su alma tranquilizada adquiere, despues de  
 seis semanas de sufrimientos inauditos, una paz profun-

(1) La imagen de que se hace aquí mencion se ve aún hoy en la capilla de  
 las Señoras de Santo Tomás de Villanueva, calle de Sevres. Es de piedra, bas-  
 tante groseramente esculpida, con la cabeza, las manos y los piés, tanto del  
 Niño Jesus como de su Santísima Madre, pintados de negro. El 16 de Mayo de  
 1791, Madame de Carignan, Condesa de S. Mauricio, la compró á la *Commune* de  
 París, que vendia entonces todo lo que encontraba en las iglesias, y la dió á la  
 comunidad de las Señoras de Santo Tomás de Villanueva, como lo atestiguan un  
 acta levantada segun las formas canónicas, y firmada por los testigos mas dig-  
 nos de crédito. (Véase la *Historia de la imagen milagrosa de Nuestra Señora de*  
*Bonne-Delivrance*, imprenta de Jaume, París, 1844.)

da (1), y bendice al Señor, convencido de que aquel Dios, que es la bondad misma, no ha permitido aquella terrible prueba sino para su mayor bien.

En efecto, no se podrian enumerar todos los tesoros de gracias y de luces que el santo jóven recogió de esta tentacion. En ella fue donde acopió los mas ricos méritos para el cielo, y se elevó al mas alto grado de caridad, por tantos actos de puro amor de Dios, tan fervorosos, y tan libres de todo interés propio. Porque ¿puede imaginarse amor mas puro que el de quien está dispuesto á amar y servir á Dios, únicamente porque en sí mismo es infinitamente digno de ser amado y servido, aun cuando no se haya de recibir por ello ninguna recompensa? ¿Hay cosa mas perfecta que aquella otra disposicion de su hermosa alma, que entre todos los tormentos del infierno nada veia comparable á la desgracia de no amar á Dios, de blasfemarle y maldecirle? De aquí fue de donde su corazon, puesto á prueba, sacó aquella tierna y profunda conmisericion hácia las almas tentadas ó perseguidas por penas interiores, que tan á menudo recurrian á él. Allí fue, en fin, donde su espíritu, instruido por la esperiencia, se hizo tan hábil en dirigir á los demás en los asaltos que tenemos que sostener contra el enemigo de la salvacion y contra nuestras propias pasiones. El capitán que ha combatido valientemente sobre la brecha, sostenido y rechazado los mas violentos ataques, es mucho mas á propósito para formar á sus soldados en el arte de la guerra, que el hombre que ha descansado siempre en las dulzuras de la paz. Del mismo modo Francisco de Sales, por sus combates y sus victorias en esta circunstancia, se hizo tan hábil y prudente en el manejo de las armas espirituales, hablando el lenguaje del Obispo de Belley (2), «que era como un arsenal para los demás, que proveia de defensas y de medios

(1) Cárlos Aug., p. 12.—Juan de San Francisco, p. 37.—Talon, página 21.—Dep. de Santa Juana Francisca de Chantal, art. 4.

(2) *Espiritu de San Francisco*, part. IV, sec. XXXVIII.

»de combate á todos los que le manifestaban sus tentaciones; era como la torre de David, de la cual pendian mil »escudos y toda suerte de armaduras.»

Libertado por María, como hemos visto, Francisco se entregó á Dios y á ella con mas fervor que nunca; todos los dias rezaba el Rosario con mucha exactitud, segun el voto que habia hecho (1); y cuando iba á cumplir con este deber, tenia costumbre de decir á los que le preguntaban lo que iba á hacer: «Voy á hacer mi guardia en la corte de »mi Reina.» Todos los dias repetia la oracion que le habia libertado, y que tan célebre es en los anales de la piedad: «Acordaos, oh Virgen Maria, etc.....» La recomendaba á todas las personas que dirigia, y se complacia en alabar su eficacia. «Me acuerdo, dice el Obispo de Belley (2), que »la aprendí de su boca, y la escribí, dictada por él, al »principio de mi Breviario, para grabarla en mi memoria »y servirme de ella en mis necesidades.....» (3) Todos los dias, en fin, dedicaba á la meditacion, no solamente una hora, como se habia prescrito, sino el mayor tiempo que le era posible: hubiera querido pasar los dias enteros al pié de los altares. Todas las vanidades del mundo no le inspiraban mas que disgusto; Dios y María eran su único atractivo, y la contemplacion de las cosas celestiales, su mas dulce ocupacion. Tales fueron las santas disposiciones, con las cuales Francisco de Sales acabó sus cuatro años de Filosofía.

(1) Dep. de Santa Juana Francisca de Chantal, art. 5.

(2) *Espiritu de San Francisco de Sales*, part. IV, sec. XXXVIII.

(3) San Agustin segun unos, ó San Bernardo segun otros, es el autor de esta oracion. Claudio Bernardo, que murió en París en 1621 y era conocido bajo el nombre del *pobre sacerdote*, la hizo imprimir en varias lenguas, y distribuyó, durante su vida, mas de doscientos mil ejemplares de ella.